

la fuerza de los Estados, la felicidad de las familias y el encanto de la vida, la caridad!

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por las sublimes lecciones de fervor y de caridad que me dais en las oraciones del santo sacrificio; ayudadme para que las comprenda bien y las rece como los primeros cristianos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *asistiré á la misa con el ánimo de una víctima.*

LECCION XXI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Cuarta parte de la misa (continuacion). — Consagracion. — Elevacion. — Oraciones que la siguen. — Analogías entre la cuarta parte de la misa y la Pasion. — Sentimiento que debe dominar en nuestro corazon.

En la oracion que antecede la Iglesia de la tierra ha entrado en comunion con la del cielo; ambas hermanas se han reunido para ofrecer el grande sacrificio que á todas las regocija: el sacerdote es su ministro; en su nombre va á tomar posesion de la víctima, y vedle extender las manos sobre el cáliz y sobre la hostia. Esta imponente ceremonia nos traslada á una época anterior de tres mil años á la nuestra; y presenta ante vuestros ojos á Aaron y á los antiguos pontífices, sucesores de estos, extendiendo las manos sobre la cabeza de las víctimas, tomando posesion de ellas en nombre de Dios, y expresando con aquella postura que el animal cuya sangre iba á ser derramada era sustituido en su lugar, en lugar del hombre culpable y digno de muerte; lo mismo hace el sacerdote católico.

Sin embargo, no extiende las manos sobre una víctima simbólica, pero sí sobre la verdadera víctima esperada durante cuarenta siglos; y como las de Aaron, sus manos extendidas dicen que él es el culpable, él, el que debe ser sacrificado en vez de la víctima inocente. ¡Oh! ¡con cuáles sentimientos, sacerdotes y fieles, debemos unirnos á esta oracion! ¡de qué santo temor debemos hallarnos poseidos cuando presenciamos tan tremenda ceremonia, cuando meditamos que allí, bajo las manos del sacerdote, estamos colocados como á víctimas con Jesucristo, y cuando oimos aquellas palabras por las que la santidad de Dios se apodera de la víctima! *Hanc igitur*, etc. « Señor, » os rogamos, pues, que admitais favorablemente la ofrenda de nuestra servidumbre y de toda vuestra familia, que ilumineis nuestros días con vuestra paz, que nos libreis de la condenacion eterna, y que nos coloqueis en el número de vuestros elegidos, por Nuestro Señor Jesucristo. Así sea. »

El celebrante dice *de nuestra servidumbre*, palabras que se aplican á los sacerdotes, los cuales mas que los fieles son la servidumbre ó los servidores de Dios⁴. La paz en este mundo, la exencion del pe-

⁴ Lebrun, pág. 444.

cado, la salvacion eterna, tales son los beneficios que esperamos del sacrificio y que pedimos en esta oracion: pidámoslos con confianza, pues la sangre del segundo Abel es bastante poderosa para obtenerlos.

El ministro sagrado ha tomado posesion de la víctima, así es que retira las manos y las junta en señal de humildad, pues va á solicitar el mayor de los milagros; hasta aqui no ha habido en el altar mas que pan y vino, elementos del sacrificio, mas trátase ahora de obtener su transustanciacion en el cuerpo y en la sangre del Hombre-Dios: entonces el sacerdote, recogiendo todos los pensamientos de su fe, se arma con el sublime poder de que ha sido revestido, y dirigiéndose al Criador de los mundos, le ruega pronuncie, segun su promesa, sobre el pan y sobre el vino para cambiarlo en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, el omnipotente *fiat* que hizo brotar la luz y que crió el universo: « Ó Dios, os rogamos, pues, le dice, que os » digneis hacer que esta oblacion sea en un todo bendecida, admitida, ratificada, razonable y agradable, á fin de que se convierta » para nosotros (*FIAT*) en el cuerpo y sangre de vuestro querido Hijo, » Nuestro Señor Jesucristo. »

Esta oracion encierra un sentido profundo que es necesario explicar; pedimos en ella que la oblacion sea en un todo bendecida, es decir, entera y perfectamente bendecida; ó en otros términos, cambiada en el cuerpo y sangre del Salvador, lo que es la bendicion por excelencia, para que de este modo la divina víctima, la víctima esencialmente bendita nos comuniquen todas sus bendiciones. Al pedir que sea en un todo bendita, la Iglesia expresa en general todo cuanto puede desear respecto de la oblacion del altar; sin embargo, para indicar mejor la inmensa gracia que espera, detalla con las siguientes cuatro palabras cuanto solicita de Dios:

Admitida; que la acepte, que la admita, y que la oblacion que de nosotros mismos hacemos no sea tampoco rechazada, pero sí recibida junto con la de Jesucristo.

Ratificada; que sea una víctima permanente, que no cambie como los antiguos sacrificios de los animales, revocados ahora, y que nuestra oblacion sea tan irrevocable que jamás tengamos la desgracia de separarnos de Dios.

Razonable. Razon humana, calla; adora silenciosa al que con una palabra cria el universo, y que puede, hablando, obrar prodigios mas fácilmente de lo que tú expresas tu pensamiento. Con ello pedimos que la víctima que se encuentra en el altar se convierta en una víctima humana, razonable, y aun en la única dotada de razon, la razon por excelencia, la única digna de reconciliarnos con Dios⁴; pues todas

⁴ Lebrun, *supra*. El P. Condren, *Idea del sacrificio*.

las víctimas cuya sangre corrió en los altares del mundo antiguo durante cuarenta siglos no eran *razonables*, ni dignas del hombre ni de Dios.

Agradable; es decir, que la oblacion del altar sea el cuerpo y la sangre del Hijo querido, en quien el Señor cifró toda su complacencia; y no pedimos únicamente que la oblacion sea todo esto, pero sí que lo sea para nosotros y para nuestro bien.

¡Ved con qué sencillez en las palabras solicita la Iglesia semejantes prodigios de poder y de bondad! Con la misma sencillez con que la Escritura expresa el milagro mas grande en el órden de la naturaleza, la creacion: *Hágase la luz*; y el mas grande tambien en el órden religioso, la encarnacion: *Hágase segun tu palabra*, la Iglesia pide el prodigio que contiene todos los demás, el gran milagro de la conversion del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo: *¡Sea esta oblacion para nosotros el cuerpo y la sangre de vuestro querido Hijo, Nuestro Señor Jesucristo!*... ¿No es esto sublime? ¿Se halla algo que le sea comparable en los autores profanos? ¡Ah, Religion santa! en tí reunes todos los títulos al amor del cristiano y á la admiracion del hombre ilustrado; en cada página de tu liturgia, lo mismo que en cada uno de tus dogmas y preceptos, brilla el sello de tu celeste origen. Mientras reza las oraciones que acabamos de explicar, el sacerdote hace varias veces la señal de la cruz, para indicar que implora el milagro en el omnipotente nombre de Jesucristo.

Por fin, ha llegado el momento en que el Hijo de Dios, el eterno, el fuerte, el todopoderoso, el criador de los mundos, obedecerá á la voz de un mortal: el sacerdote enjuga con el corporal el pulgar y el índice de sus manos, con objeto de quitarles la humedad ó el polvo que podria cubrirles, y de ponerles en estado de tocar decorosamente el cuerpo del Señor; y tomando la hostia con los dedos que ha purificado y que fueron consagrados por la ordenacion, dice con respeto y piedad, con voz sencilla é igual, á semejanza de lo que hacia el Salvador, cuyo lugar ocupa, al realizar sus milagros: « Quien » (Jesucristo) tomando el pan la vigilia de su Pasion en sus santas y » venerables manos, y levantando los ojos al cielo, hácia Vos, ¡oh » Dios, su Padre todopoderoso, para daros gracias, lo bendijo, lo » partió, y lo dió á sus discípulos diciendo: Tomad y comed; este es » mi cuerpo. »

¡El prodigio se ha realizado ya! el sacerdote cae de rodillas, los asistentes se prosternan, y la campana, trompeta de la Iglesia militante, advierte á lo lejos á los fieles todos su obligacion de adorar; antiguamente al sonido del sagrado bronce se arrodillaban en las casas, en las calles y en los campos, y rezaban la oracion del Señor. El sacerdote eleva el cuerpo adorable del Hijo de Dios, que acaba de encarnarse en sus manos; en el momento de la elevacion conmovianse

las antiguas basílicas; abriáranse las puertas santas, descorriáranse las cortinas que ocultaban el santuario, y san Juan Crisóstomo decía á su pueblo: « Mirad el interior del santuario como el interior del cielo, » para ver los ojos de la fe á Jesucristo y al coro de los Ángeles » prosternados al rededor del Cordero¹. Ved la mesa del Rey, los » Ángeles la sirven; el Monarca se sienta á ella personalmente; si » vuestros vestidos son puros, adorad y comulgad². »

Después de depositar sobre el corporal el cuerpo del Señor, el sacerdote continúa: « Del mismo modo, después de la cena, tomando » el precioso cáliz entre sus santas y venerables manos y dándoos igualmente gracias, lo bendijo y lo dió á sus discípulos diciendo: Tomad » y bebed de él todos, porque este es el cáliz de mi sangre, la sangre » del nuevo y eterno Testamento, misterio de fe³, que será derramada » por vosotros y por muchos en remisión de vuestros pecados. Siempre » que hagais estas cosas, las haréis en memoria de mí. »

Estas últimas palabras son el título del poder del sacerdote y la eterna prueba del misterio que acaba de obrar; el Todopoderoso, es decir, el que realiza cuanto desea solo por su palabra, le ha dicho: « Harás lo que yo he hecho; convertirás el pan en mi cuerpo y el vino » en mi sangre, » y el sacerdote lo hace. Ni el impío, ni el incrédulo, ni el hereje pondrán seguramente límites al poder del Omnipotente; luego es de fe que después de las palabras de la consagración no queda ni pan ni vino, sino únicamente apariencias, para indicar el punto que ocupa el Dios invisible y para decir á nuestros sentidos: Está aquí. ¿ Por ventura la misma razón no nos induce á decir que así debe ser? En efecto, después de la abolición de los groseros sacrificios de la antigua ley, la conservación del culto exterior exigía un signo, símbolo de la víctima moral, y Jesucristo antes de abandonar la tierra, atendiendo á la tosquedad de nuestros sentidos, que no pueden prescindir de un signo material, instituyó la Eucaristía, en la que bajo las especies sensibles de pan y vino ocultó la invisible ofrenda de su sangre y de nuestros corazones.

El sacerdote eleva el cáliz, y lo deposita de nuevo en el altar después de adorarlo. La elevación y adoración de la Eucaristía no siempre se han hecho como ahora, y hasta á principios del siglo XII se elevaban á un mismo tiempo el cáliz y la hostia, diciendo: *Omnis honor: Todo honor y toda gloria en los siglos de los siglos.* Aun en el día

¹ Homil. III *in Epist. ad Ephes.*

² Homil. LXI. *ad pop. Antioch.* En aquella época la elevación tenía lugar antes de la Comunión.

³ Misterio de la fe; palabras del Salvador conservadas por la tradición. ¡ Ah, sí; el sacrificio del Hombre-Dios es el misterio de fe por excelencia! misterio de fe para todos los siglos antiguos que lo esperaban; misterio de fe para todos los siglos posteriores al Mesías, que lo creen sin que la razón humana pueda comprenderlo.

se practica esta pequeña elevación; mas la Iglesia, deseosa de protestar contra el error de los herejes que se atrevieron á atacar el dogma de la Eucaristía, y para dar á los fieles la ocasión de manifestar solemnemente su fe, estableció el uso de elevar, después de la consagración, el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor, ofreciéndolos así á la adoración de los Cristianos.

Así pues, la elevación tal como se practica actualmente data del principio del siglo XII, y el hereje Berengario dió lugar á ella con sus blasfemias contra la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de su amor; algún tiempo después practicóse con mas razón aun, cuando Lutero y Calvino, desenvolviendo la herejía del Arcediano de Angers, atacaron con implacable furor el dogma de la santa Eucaristía. No tan solo se tocó la campana para advertir á los fieles que se arrodillasen, sino que se encendieron cirios para hacer mas solemne aquel momento⁴, ceremonia que se verifica aun con gran pompa en nuestras misas solemnes.

Hechas la consagración y la elevación, el sacerdote extiende los brazos y continúa la grande acción, y dócil al expreso mandato del Salvador, el cual dijo á sus Apóstoles y á sus sucesores: *Haced esto en memoria de mí*⁵, dice: « Por esto es, Señor, que nosotros que » somos vuestros servidores, y con nosotros vuestro santo pueblo, en » memoria de la felicísima Pasión de vuestro Hijo Jesucristo, Señor » nuestro, de su resurrección de los infiernos, y de su gloriosa ascension al cielo, ofrecemos á vuestra incomparable Majestad, entre » todos vuestros dones y beneficios, la hostia \times pura, la hostia \times » santa, la hostia sin mancha, el pan sagrado \times de la vida eterna, y » el cáliz \times de la eterna salvación.

¡ Oh! ¿ quién al oír esta oración no siente elevarse su alma en un religioso arrobamiento? Aunque el sacrificio de la misa esté especialmente destinado á excitar en nosotros la memoria de la Pasión de Jesucristo, la Iglesia, según el precepto de su divino Esposo, menciona también los misterios de la resurrección y de la ascension, porque tienen con la Pasión una relación esencial; de modo que en el sacrificio del altar comunicamos con Jesucristo muerto, el cual con su muerte destruyó el imperio que en nosotros tenía la muerte, limitando al tiempo nuestra muerte que debía ser eterna, y convirtiéndola en transición á una vida que no tendrá fin; comunicamos con Jesucristo resucitado, cuya resurrección es el principio y el modelo de la nuestra, y comunicamos con Jesucristo ascendiendo á los cielos, con lo que subimos allí en cierto modo con él, de manera que desde ahora podemos considerarnos como ciudadanos del cielo. Ahora bien, ¿ es

⁴ Lebrun, pág. 471.

⁵ I Cor. XI, 25.

posible recordar los diferentes frutos de tan grandes misterios y conservar con tanta tenacidad el amor de las cosas sensibles?

Al rezar esta oracion el sacerdote hace por cinco veces la señal de la cruz sobre el cuerpo y la sangre del Salvador, y aquí debemos observar que existe una grande diferencia entre las señales de la cruz que se hacen despues de la consagracion, y las que la preceden ó acompañan; pues al paso que las primeras tienen por objeto atraer gracias ó indicar que se esperan por los méritos de la cruz de Jesucristo, y van unidas á ciertas palabras que expresan el favor que se desea y la bendicion que se solicita; las segundas fueron instituidas para manifestar que los dones colocados en el altar son el cuerpo y la sangre reales de Jesucristo, y que el sacrificio de la misa es el mismo que el de la cruz; por esto es que despues de la consagracion no hay palabra alguna que invite á Dios á bendecir.

En la oracion que estamos explicando el sacerdote hace cinco veces la señal de la cruz; tres sobre la hostia y el cáliz á un mismo tiempo, una sobre la hostia sola, y otra sobre el cáliz. ¡Cuánta elocuencia se encierra en esta multiplicada repeticion de la adorable señal! La Iglesia desea que nos penetremos de la grande idea de que la víctima del altar es la víctima del Calvario, y ved cómo se esfuerza en repetir esta verdad á nuestros ojos, á nuestros oídos y á nuestros sentidos todos, á fin de hacerla descender hasta nuestro corazon. Por medio de las cinco señales de cruz de que estamos hablando el sacerdote parece decir: Ofrecemos á vuestra Majestad la *hostia santa* que se ofreció en la cruz; la *hostia pura* que fué clavada en la cruz; la *hostia sin mancilla* que fué inmolada en la cruz; el *pan sagrado*, es decir, Jesucristo, pan vivo, eterno, bajado del cielo, muerto en la cruz para darnos la vida; finalmente el *cáliz de salvacion*, la sangre de Jesucristo, mediador de la nueva alianza, sangre que fué derramada en la cruz para la redencion de nuestros pecados. Lo repetimos, la Iglesia quiere que en momentos tan preciosos y terribles á la vez el sacerdote y los fieles se ocupen de Jesucristo inmolado en el altar; y decid, ¿podia emplear un medio mas eficaz para despertar su recuerdo, que estas señales de cruz tantas veces repetidas? ¿podia manifestarles mejor su fe en la milagrosa conversion que acaba de verificarse, y finalmente, podia decirles mejor: Sed al pié del altar lo mismo que habriais sido al pié de la cruz⁴?

Tenemos ya á un Dios en el altar; víctima de un precio infinito, ofrecida á un Dios, ¿cómo puede no ser agradable? Y si es así, ¿por qué se dice, pues, la oracion siguiente, conjurando al Señor á recibir favorablemente la hostia que le presentamos? ¡Ah! es porque la augusta víctima es ofrecida por manos de un mortal; porque á la

⁴ Lebrun, pág. 488; Bona, lib. II, c. 13.

hostia sin mancilla se unen otras hostias infinitamente menos puras, los corazones de los fieles, siendo esta la causa porque la Iglesia, recordando al Padre eterno que el sacrificio de Jesucristo es el sacrificio católico, el sacrificio del que los antiguos eran únicamente vanas sombras, conjura al Señor que dé á sus hijos las santas disposiciones que animaban á los antiguos sacrificadores, cuando inmolan víctimas simbólicas; la inocencia de Abel, la fe de Abraham, la santidad de Melquisedech; el sacerdote dice: « Dignaos mirar con » ojos favorables y propicios la oblacion que os hacemos de este santo » sacrificio, de esta hostia sin mancilla, así como os dignásteis aceptar los presentes del justo Abel, vuestro siervo; el sacrificio de Abraham, nuestro patriarca, y el que os ofreció vuestro sumo sacerdote » Melquisedech. »

Al llegar aquí, examinémonos á nosotros mismos: ¿Tenemos acaso la inocencia y la generosidad de Abel, el cual ofrecia sus ovejas mas preciadas? ¿tenemos la fe y el valor de Abraham, quien levantara ya la cuchilla para inmolar á Isaac? ¿tenemos la santidad de Melquisedech, el que nos aparece sin padre, sin madre, sin genealogía, es decir, desprendido de todas las afecciones humanas? Ahora bien, si carecemos de tales disposiciones, pidámoslas con fervor en esta oracion; pues si nos faltan enteramente, ¿qué fruto sacaremos del sacrificio, cómo participaremos de la comunión que por momentos se acerca?

La oracion siguiente debe inspirarnos otros sentimientos: el sacerdote toma una actitud suplicante, baja los ojos, se inclina profundamente, junta las manos como un siervo sumiso, y las coloca en el altar; ¿por qué lo hace? La oracion que reza va á decirnoslo: « Ó Dios » todopoderoso, os suplicamos que dispongáis sean estos dones llevados por nuestro santo Ángel á vuestro sublime altar, en presencia de vuestra divina Majestad, á fin de que nosotros todos que, » participes en este altar, habrémos recibido el cuerpo \times y la sangre \times sagrados de vuestro Hijo, seamos colmados de todas las » bendiciones y gracias del cielo. Por el mismo Jesucristo, Señor » nuestro. »

¿Cómo hacer comprender el profundo sentido de esta magnífica oracion? En la que precede, el sacerdote pidió al Señor que recibiese favorablemente la hostia que le ofrecia, cuando de repente, como sobrecogido de una inspiracion celeste, halla un medio infalible para hacer admitir la víctima, junto con nuestros deseos y nuestros corazones, y dirigiéndose á Dios, le suplica que mande le sea llevada la víctima al pié de su trono por la misma víctima, si bien por respeto á Jesucristo no se atreve á nombrarle al Dios Padre, contentándose con designarle con estas palabras: *Vuestro Ángel*. Si, el Ángel por excelencia, el Ángel del gran Consejo, el Ángel mediador

de la alianza ¹, el cual, igual á Dios, está seguro de hacer admitir su sacrificio y el nuestro, y de atraer sobre nuestras cabezas una lluvia de toda clase de bendiciones. Las señales de la cruz con que el sacerdote acompaña su oracion indican la presencia real de esta santa víctima, de esta víctima celeste, en el altar de la tierra. Una profunda humildad, un ardiente deseo de santidad, á fin de que nada en nuestro corazon se oponga á la favorable acogida de nuestros votos, tales deben ser nuestras principales disposiciones durante esta oracion.

Vednos, pues, recomendados al Señor á cuantos vivimos en la tierra y asistimos al sacrificio; sobre nuestras frentes han sido llamadas todas sus bendiciones; pero ¿olvidará la Iglesia en aquel precioso momento en que puede obtenerlo todo, á sus demás hijos, á sus hijos que ya no existen? ¡Ah! si así lo afirmáseis, desconoceríais el amor de una madre; su corazon es todo para sus hijos, y los mas pobres, los mas necesitados ocupan en él un lugar mas distinguido; la Iglesia católica ruega, pues, por sus hijos difuntos, y su misma oracion es una leccion para los vivos; ora por *los que nos han precedido*, significando con esto que les seguiremos. El sacerdote dice: «Acordaos tambien, Señor, de vuestros siervos y de vuestras siervas NN. que nos han precedido con la señal de la fe, y que duermen con el sueño de la paz.»

Al decir estas palabras, el celebrante junta las manos sobre su pecho, dirige afectuosamente los ojos hácia la sagrada hostia, ruega en silencio por los difuntos que tiene intencion de recomendar á Dios, y luego continúa: «Os suplicamos, Señor, por vuestra misericordia que les abrais á ellos y á cuantos descansan en Jesucristo el lugar de reposo, de luz y de paz. Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro. Así sea ².» Durante esta oracion debemos orar tambien por nuestros muertos y reanimar nuestra fe, meditando en los grandes motivos que tenemos para rogar por ellos, que son: la gloria de Dios, la caridad, la justicia y nuestro propio interés.

En este momento vuelve la Iglesia á ocuparse de nosotros, de los que estamos en la tierra: durante la ofrenda del augusto sacrificio, vemos á nuestra tierna madre, en una agitacion llena de celo, subir al cielo, bajar al purgatorio, volver á este valle de lágrimas reuniendo todos los votos, todas las necesidades; solicitando todas las oraciones, todas las recomendaciones, á fin de aprovecharse plenamente del rico tesoro que le está abierto en los méritos de la víctima; antes de la consagracion ha hecho conmemoracion de la comunion de los Santos, en la que era necesario ofrecer el sacrificio católico del cielo

¹ *Const. apost.* lib. VIII, c. 12.

² Esta oracion se encuentra en las mas antiguas liturgias. (*Bona*, lib. II, c. 14; *Durantus*, lib. II, c. 43.)

y de la tierra; solicita despues para las almas del purgatorio la entrada en la Jerusalem celeste, y luego implora igual gracia por sus hijos viajeros, pidiendo el sacerdote para sí y para los fieles la felicidad del cielo.

Penetrado de su indignidad, golpéase el pecho, se confiesa pecador, como el Publicano del Evangelio, y á fin de que los asistentes puedan oírle, unirse á él, humillarse é implorar juntos la divina misericordia, dice elevando un poco la voz: «Tambien á nosotros pecadores, que somos vuestros siervos y que esperamos en la multitud de vuestras misericordias, dignaos darnos parte de la celeste herencia y asociarnos con vuestros santos Apóstoles y Mártires, con Juan, Estéban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicia, Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia y con todos vuestros Santos, en cuya compañía os rogamus que nos recibais, no por consideracion á nuestros méritos, sino haciéndonos gracia y misericordia. Por Jesucristo, Señor nuestro.»

En esta ocasion se nombran los Santos que eran honrados con un particular culto en la iglesia de Roma, madre y señora de todas las demás; todos ellos son Mártires y pertenecen á diferentes estados: Profetas, Apóstoles, Papas, Obispos, Presbíteros, acólitos, matronas y vírgenes; consoladora leccion que nos enseña que podemos salvarnos en todas las condiciones, y que los Santos que se encuentran en el cielo ofrecen á los justos que padecen una garantía de su felicidad eterna.

El sacerdote ha solicitado por Jesucristo la entrada en el cielo para los vivos y para los difuntos; al terminar el Cónon indica la razon por la cual hace sus demandas por aquel divino Mediador, y dice: «Por el cual, Señor, creais todos vuestros bienes, los santificais ✠, los vivificais ✠, los bendecís ✠, y nos los dais. Por él ✠, con él ✠ y en él ✠ pertenecen todo honor y toda gloria al Dios todopoderoso ✠, en union con el Espíritu Santo ✠ en todos los siglos de los siglos. Amen.»

Así pues, la razon por la que dirigimos todas nuestras súplicas en nombre de Jesucristo, es porque Dios nos concede por él todos los bienes y todas las gracias. El sacerdote dice: *Por el que creais*, etc.; en efecto, Dios Padre ha criado por Jesucristo todas las cosas, entre otras el pan y el vino, convertidos en cuerpo y sangre de Jesucristo, no solo sacándolas de la nada en los primeros dias del mundo, sino renovándolas por un continuo milagro que hace producir cada año á la tierra nuevos granos y nuevos racimos; lo cual mueve al mismo Jesucristo á decir: *Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro* ¹.

Los dones ofrecidos en el altar se convierten por Jesucristo en dones

¹ *Joan.* v, 17.

sagrados separados del uso comun: *los santificais*; Dios los vivifica por Jesucristo cambiándolos en el cuerpo y en la sangre preciosa que son el verdadero alimento de la vida: *los vivificais*; y por Jesucristo santificante y vivificante derrama el Dios Padre las celestiales bendiciones sobre el pan y sobre el vino, dándonoslo despues de haberlo bendecido, para que sea en nosotros vuestra verdadera vida: *los bendecís y nos los dais*; del mismo modo *por Jesucristo* como verdadero Mediador, *con Jesucristo* como Dios igual á Dios, *en Jesucristo* como consustancial con su Padre, se tributa á Dios Padre todopoderoso todo el honor y toda la gloria. ¿No es esto bastante para merecer que Dios nos oiga cuando suplicamos por Jesucristo?

Al recitar tan magníficas palabras el sacerdote hace varias veces la señal de la cruz; en primer lugar tres sobre la hostia y el cáliz, al decir: *Santificais, vivificais, bendecís*, para indicar que solo por los méritos de la *cruz* de Jesucristo tenemos la Eucaristía, y por consiguiente que por ellos son el pan y el vino santificados, vivificados y bendecidos. Al decir *creais* no hace señal alguna de cruz, por la razon de que todas las cosas han sido criadas por Jesucristo como sabiduría del Padre, eterno Verbo, y no como encarnado é inmolado en la cruz. Las demás señales de cruz que acompañan esta oracion expresan que la hostia y el cáliz contienen indivisiblemente á Jesucristo muerto en la cruz, y que por su sacrificio son dignamente honrados el Padre y el Espíritu Santo.

Tambien nosotros debemos cuidar de unirnos á la santa víctima para honrar al Padre y al Espíritu Santo, para alabarles y dar principio en la tierra al himno que debemos cantar en el cielo: quizás me engañe, pero me parece que durante esta oracion nos importa sobre todo tener nuestros corazones en armonía con nuestros labios, por miedo de que tan bellas palabras sean desmentidas por nuestra afeccion á las criaturas; al rezar tan sublime oracion, nuestras voces se unen con las de los Ángeles y Santos; pero si de regreso á nuestras casas nuestros pensamientos son tan terrestres, nuestros deseos tan carnales, nuestras inclinaciones tan desarregladas como antes, caemos en cierto modo del cielo á la tierra; abandonamos la residencia de la inmortalidad para complacernos en el lugar del destierro, y á semejanza de los insensatos, preferimos el lenguaje de los hombres al de los amigos de Dios; ¡ojalá no suceda jamás así!

¿Qué diremos ahora de las tiernas analogías que la piedad ha sabido descubrir entre las ceremonias de esta cuarta parte de la misa, y las circunstancias de la Pasion? El sacerdote reza el Prefacio, *Jesús es condenado á muerte*; el sacerdote dice el *Memento* de los vivos, y depone á los piés de Dios las necesidades de la tierra, *Jesús lleva su cruz*; el sacerdote continúa el Cónon, durante el cual se verifica la consagracion, *Jesús continúa adelantándose hácia el Calvario, y una santa*

mujer enjuga con un lienzo su adorable rostro; el sacerdote bendice las ofrendas por medio de la señal de la cruz muchas veces repetida, *Jesús es clavado en la cruz*; el sacerdote eleva la hostia, *Jesús es elevado en la cruz*; el sacerdote eleva el cáliz, *la sangre de Jesús corre de sus llagas*; el sacerdote hace el *Memento* de los difuntos, *Jesús ruega por todos los hombres y sobre todo por sus verdugos*; el sacerdote, golpeándose el pecho, ruega por los pecadores, *Jesús convierte al buen ladrón*.

Á fin de excitar en vosotros el sentimiento que conviene á esta cuarta parte de la misa, recordad que tiene lugar en el Calvario; y al veros bañados con la sangre de vuestro Dios, ¿cómo no experimentar un indecible sentimiento de amor? La sangre corre, y corre por mí, sobre mí y á causa de mí; sangre expiatoria de mis pecados y de los del mundo entero lava, purifica mi alma y mi cuerpo. Un profundo horror por toda clase de mal, y un inmenso amor por la santa y dulce Víctima, tal es el doble sentimiento que debe dividir nuestro corazon al pié del altar, durante la consagracion, así como lo hubiera dividido al pié del Calvario durante la crucifixion.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido el augusto sacrificio de nuestros altares; hacedme la gracia de que asista á él como habria asistido al del Calvario.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *estará profundamente recogido durante la consagracion.*